

mente ingleses sometidos á una excelente disciplina, iban á embarcarse á bordo de la escuadra de lord Keith y á hacer una incursión en Egipto bajo las órdenes de un buen general, sir Ralph Abercromby.

Con estos diez y ocho mil soldados europeos debían reunirse seis mil albaneses que el capitán bajá transportaba en aquel momento á su escuadra, seis mil cipayos procedentes de la India por el mar Rojo, y unos veinte mil hombres, malos soldados de Oriente, dispuestos á juntarse con los diez mil del gran visir en Palestina. Eran entre todos unos sesenta mil soldados, con quienes iba á entrar en liza el ejército de Egipto. Éste sólo podía oponerles diez y ocho mil combatientes. Si la dirección hubiera sido buena, bastaba este número y aun tal vez hubiera sobrado.

En primer lugar, no había que temer sorpresa, puesto que de todas partes se recibían avisos, así del Archipiélago, por medio de los buques griegos, como del Alto Egipto por Murad-Bey y de la misma Europa por los frecuentes correos que despachaba el primer cónsul. Todos estos avisos anunciaban una próxima expedición, compuesta á la vez de orientales y europeos. Menou, sordo á las noticias que le llegaban, no hizo en tan crítico momento nada de lo que hubiera debido hacer y de lo que claramente reclamaba la situación.

La buena política aconsejaba desde luego granjearse con atenciones la fidelidad de Murad-Bey, que custodiaba el alto Egipto y que ya por su natural inclinación prefería los franceses á los ingleses y á los turcos. Descuidó este punto Menou, y á los informes de Murad-Bey contestó de una manera que hubiera sido suficiente para enemistarle con nosotros á ser otro el ofendido. Aconsejaba también la buena política aprovecharse de la desconfianza de los turcos para con los ingleses, y sin renovar el escándalo del convenio de El Arisch, paralizar su acción con una negociación simulada que debilitase su encono é hiciese aflojar sus intentos. Menou tampoco cuidó de valerse de esta circunstancia.

En cuanto á las medidas administrativas y militares que reclamaban las circunstancias, no supo tomar ninguna á tiempo. Primeramente era preciso hacer en Alejandría, en Roseta, en Damietta, en Ramanieh y en el Cairo, doquiera pudiese reunirse el ejército, grandes provisiones de guerra, siempre fáciles de hacer en un país tan abundante como el Egipto. Menou se negó á ello por no querer distraer cantidad alguna de lo destinado al pago de los sueldos que había prometido mantener al corriente, y que en la actualidad podían escasamente satisfacerse por completo por la dificultad de recaudar los nuevos impuestos. Era preciso volver á montar de nuevo la caballería y la artillería, armas indispensables contra el ejército de desembarco, que suele por lo común carecer de ellas, y se negó á hacerlo por las mismas razones de hacienda, y llegó la imprevisión hasta el punto de escoger aquel momento para hacer castrar los caballos de la artillería, que eran enteros é incómodos por su mucho vigor y fuego.

Finalmente, Menou se opuso á que se reconcentrasen las tropas, debiendo hacerlo por ser útil en aquella estación para la salud de los soldados, aun cuando no fuera por el peligro que amenazaba al Egipto. En efecto, se habían notado algunos casos de peste en el ejército, y era urgente acampar las tropas y sacarlas de las pobla-

ciones, independientemente de la necesidad que había de movilizarlas. El ejército, diseminado en las guarniciones ó inútilmente aglomerado en el Cairo, ó empleado en la recaudación del miri, no se hallaba en parte alguna en estado de obrar. Y sin embargo, empleando convenientemente los veintitrés mil hombres que le quedaban, entre los cuales había diez y siete ó diez y ocho mil capaces de servicio activo, Menou podía muy bien defender por doquiera el Egipto con ventaja. Podía verse atacado por Alejandría á causa de la ensenada de Aboukir situada en la cercanía, y preferida siempre para los desembarcos; por Damietta, que era otro punto propio para atracadero, aunque mucho menos favorable que el de Aboukir; finalmente, por la frontera de Siria, donde se hallaba el visir con los restos de su ejército. De estos tres puntos sólo uno se veía seriamente amagado, que era el de Alejandría y la rada de Aboukir, lo cual no era difícil de prever, puesto que todos lo creían así y lo repetían en el ejército. La playa de Damietta, por el contrario, era de difícil acceso, y se unía por tan pocos puntos con el Delta, que el ejército enemigo, caso de desembarcar en ella, sería fácilmente bloqueado y obligado en breve á volver á la mar. No era, pues, probable que embistiesen los ingleses por Damietta. Por el lado de Siria el visir debía inspirar pocos recelos: eran harto débiles sus fuerzas, y le ocupaba demasiado el triste recuerdo de Heliópolis para tomar ahora la iniciativa. No querían avanzar sino después que los ingleses hubieran desembarcado felizmente; de todas maneras era buen cálculo el dejar que se adelantase, porque se veía al fin tanto más comprometido cuanto más se hubiese internado.

El objeto único de las meditaciones del general en jefe debía ser, pues, el ejército cuyo desembarco se anunciaba como muy cercano. En tal situación era preciso dejar una división numerosa, esto es, unos cuatro ó cinco mil hombres de tropas activas, cerca de Alejandría, independientemente de los marinos y de los depósitos destinados á la custodia de los fuertes. En Damietta bastaban dos mil hombres; y para observar la frontera de la Siria era suficiente el solo regimiento de dromedarios. Para contener á la población del Cairo, caso de presentarse el visir bajo sus muros, bastaba, y aun sobraba una guarnición de tres mil hombres, con la cual pudieran reunirse los dos mil del Alto Egipto, reforzándola además unos mil franceses de los depósitos. Estas diversas atenciones absorbían unos once ó doce mil hombres de los diez y siete ó diez y ocho mil que había de tropas activas. Quedaba una reserva de seis mil soldados escogidos, de que era necesario formar un numeroso campamento á igual distancia de Alejandría y de Damietta. Existía, en efecto, un punto que reunía todas las condiciones apetecibles, que era Ramanieh, lugar sano á orillas del Nilo, no lejos de la mar, fácil de abastecer, y situado á una jornada de Alejandría, á dos de Damietta, y á tres ó cuatro de la frontera de Siria. Si Menou hubiera establecido en Ramanieh su reserva de seis mil hombres, al primer anuncio hubiera podido trasladarla á Alejandría en veinticuatro horas, y en cuarenta y ocho á Damietta, y si hubiera sido menester, en tres ó cuatro días á la misma frontera de Siria. Una fuerza semejante hubiera imposibilitado por doquiera las tentativas del enemigo.

No pensaba Menou en ninguno de estos medios, y no sólo no pensaba en ellos, sino que desoyó los consejos de todos los que quisieron sacarle de la inacción. De todas partes recibió oportunas amonestaciones, y principalmente de los generales opuestos á su partido. Éstos, y singularmente Reynier, más acostumbrado que los otros á las grandes disposiciones militares, pues es un deber hacerles esta justicia, le avisaron el peligro, le indicaron las medidas que convenía tomar; pero su voz carecía de influjo sobre el general en jefe por su oposición intempestiva, y ahora que tenían razón eran tan desoídos como cuando no la tenían.

El valiente Friant, extraño á las fatales discordias del ejército, se ocupaba con celo en la defensa de Alejandría. Había organizado á los marinos y á los reclutas de los depósitos de modo que se les pudiera confiar la custodia de los fuertes; pero con esto casi no le quedaban más que dos mil hombres de tropas para acudir al punto donde se verificara el desembarco, y aún tenía que destinar parte de ellos á guardar los puntos principales de la playa, tales como el fuerte de Aboukir, los puestos de la Casa Cuadrada, de Edko y de Roseta. Cubiertos estos puntos, no debían quedarle más que unos mil doscientos hombres. Felizmente la fragata *Regenerada*, procedente de Rochefort, había traído un refuerzo de trescientos hombres con un aumento considerable de municiones, y merced á esta circunstancia inesperada la fuerza movilizada del general Friant ascendió á mil quinientos hombres. Imagínese cuán precioso socorro no le hubiera proporcionado la escuadra de Ganteaume, si algo más confiado en su fortuna hubiera aportado este almirante con los cuatro mil hombres de tropas escogidas que iban á bordo de sus naves.

El general Friant en su absoluto desamparo se limitaba á pedir sólo dos batallones más y un regimiento de caballería. Esta fuerza hubiera bastado de hecho, pero en aquella coyuntura era asaz temerario contentarse con un refuerzo de unos mil hombres. Preciso es decirlo; la misma confianza del ejército en sus propias fuerzas, contribuyó poderosamente á su derrota. Había tomado la costumbre de batirse en Egipto contra fuerzas cuádruples y á veces mucho más superiores todavía, y no se formaba una idea exacta de los recursos de los ingleses en un desembarco. Figurábase que no trayendo artillería, ni caballería, no podrían éstos enviar á tierra más que unos centenares de hombres á la vez, y creía poderlos exterminar fácilmente á la bayoneta. Era aquella una fatal ilusión; no obstante, el refuerzo que pedía Friant, por pequeño que pareciese, nos hubiera dado la victoria; así lo prueban los acontecimientos.

El 28 de febrero de 1801 (9 ventoso del año IX) se divisó no lejos de Alejandría una canoa inglesa que parecía ocupada en hacer un reconocimiento. Mandáronse chalupas para darle caza, apresáronla con los oficiales que iban en ella, y los pliegos que se les encontraron dieron á conocer claramente que llevaban encargo de preparar un desembarco. Inmediatamente después se presentó á vista de Alejandría la flota inglesa compuesta de setenta velas, pero la ahuyentó un recio temporal que se levantó de súbito. Parecía que la fortuna protegía nuevamente á nuestra colonia, y la daba un respiro contra la invasión inglesa, pues era muy probable que no lograría aportar aquella escuadra antes de muchos días.

La noticia enviada por Friant al Cairo llegó el 4 de marzo por la tarde (13 ventoso). Si Menou hubiera tomado inmediatamente una resolución pronta y sensata, todo hubiera tenido remedio; si hubiera hecho refluir el ejército entero hacia Alejandría, la caballería hubiera llegado allí en cuatro días, la infantería en cinco, y para el 8 y 9 de marzo (17 y 18 ventoso) se hubieran podido tener diez mil hombres en la playa de Aboukir. Era posible que para esta época los ingleses hubieran ya desembarcado sus tropas, pero no que hubieran tenido tiempo para desembarcar su material de guerra y consolidar su posición, y en este caso aún se llegaba con tiempo de sobra para arrojarlos á la mar. Reynier, que estaba en el Cairo, escribió aquel mismo día á Menou una carta perfectamente razonada: aconsejábale en ella que no se curase del visir, el cual no tomaría la iniciativa, que dejase á Damietta, que no era el punto amenazado, y que acudiese á Alejandría con la masa de sus fuerzas. Nada parecía más justo; de todas maneras no se comprometía interés ninguno en encaminarse hacia Ramanieh, porque llegando á este lugar, si se veía que el peligro estaba hacia Damietta ó la Siria, siempre se podía acudir fácilmente á cualquiera de estos puntos. No se había perdido un solo día y se ganaba la proximidad de Alejandría, por donde apuntaba el verdadero amago; pero había que decidirse inmediatamente y ponerse en marcha aquella misma noche. Negóse á todo Menou, y se mostró tan absoluto en sus órdenes, cuanto indeciso en sus ideas. No sabiendo discernir el punto verdaderamente amenazado, envió un refuerzo al general Rampón hacia Damietta; dirigió á Reynier con su división hacia Belbeis para hacer frente al visir por el lado de la Siria, y encaminó hacia Ramanieh á la división de Lanusse. Mas ni siquiera la envió completa, pues se quedó con la media brigada 88.^a en el Cairo, y sólo envió inmediatamente el 17.^o de cazadores. Dió al general Lanusse orden de dirigirse sobre Ramanieh y de trasladarse de este punto á Alejandría, según las noticias que allí recibiera. Menou permaneció en el Cairo con una gran parte de sus fuerzas, esperando ulteriores noticias en aquella posición tan apartada del litoral. No podía hombre mostrarse más negado.

Los acontecimientos entretanto se sucedían con rapidez. La escuadra inglesa se componía de siete navíos de línea y de un número considerable de fragatas, bergantines y buques de grueso porte de la compañía de las Indias, formando una fuerza de setenta naves. Llevaba á su bordo un número considerable de chalupas. Lord Keith, como dijimos ya arriba, mandaba las fuerzas de mar y sir Ralph Abercromby las de tierra. El punto que eligieron para atracar fué el mismo de otras veces, esto es, la rada de Aboukir. Allí fué donde fondeó nuestra escuadra en 1798; allí fué donde la sorprendió y la destruyó Nelson; allí donde la escuadra turca dejó á los valientes genizaros lanzados á la mar por el general Bonaparte en la gloriosa jornada de Aboukir. La escuadra inglesa, después de verse precisada á permanecer mar adentro varios días, sufriendo un retraso tan funesto para ella como hubiera sido feliz para nosotros á haber sabido Menou aprovecharse de él, se situó el 9 de marzo (15 ventoso) en la rada de Aboukir á cinco leguas de Alejandría.

El bajo Egipto es, como la Holanda y como Venecia,

un país de lagunas, y como todas las tierras de esta especie ofrece un carácter de que es indispensable penetrarse, tratando de comprender con claridad las operaciones militares de que puede llegar á ser teatro. En los puntos donde todos los grandes ríos desaguan en el mar suelen formarse bancos de arena alrededor de su desembocadura; estos bancos provienen de las arenas que el río lleva, que la mar rechaza y que en virtud de estas dos fuerzas contrarias se extienden paralelamente á la orilla, formando esas barras tan temidas de los navegantes, y siempre tan difíciles de pasar cuando se quiere salir de la madre de los ríos ó entrar en ella. Vanse elevando sucesivamente hasta el nivel de las aguas y con el tiempo aparecen fuera de ellas, presentando dilatadas playas arenosas que las olas del mar baten por de fuera, y que por dentro bañan las aguas dulces de los ríos, cuya corriente estorban.

El Nilo al desaguar en el Mediterráneo ha venido á formar delante de sus numerosas bocas un vasto semicírculo de bancos de arena; este semicírculo, que tiene una extensión de setenta leguas por lo menos desde Alejandría hasta Pelusa, sólo ofrece algunas interrupciones ó aberturas cerca de Roseta, Burloz, Damieta y Pelusa, por donde las aguas del Nilo entran en la mar. Báñale por un lado el Mediterráneo, y por el otro los lagos de Mareotis y Madieh, el lago de Edko y los de Burloz y Menzaleh. Cualquiera desembarco en Egipto debía necesariamente efectuarse en uno de estos bancos de arena.

Los ingleses, llevados del ejemplo y de la necesidad, escogieron el que forma la playa de Alejandría. Este banco, de unas quince leguas de longitud, se extiende entre el Mediterráneo por un lado y los lagos de Mareotis y Madieh por el otro; tiene en una de sus extremidades la ciudad de Alejandría, y en la otra presenta una entrada semicircular que acaba en Roseta. Esta entrada ó bahía semicircular es la que forma la rada de Aboukir. Uno de sus costados estaba defendido por el fuerte de Aboukir, construido por los franceses, cuyos fuegos flanqueaban toda la playa circunvecina. Seguían después algunos montecillos de arena, que ciñendo toda la ribera iban á perderse á la otra extremidad de la ensenada en una llanura tersa y arenosa. El general Bonaparte había mandado hacer ciertos trabajos de fortificación en los mencionados montecillos, y si se le hubiera obedecido hubiera quedado frustrado todo desembarco.

La escuadra inglesa fondeó en medio de esta rada formada en dos líneas. Echó áncoras, y esperó á que la marejada disminuyendo de violencia permitiese botar al agua las chalupas; llegó por fin la mañana del día 8 (17 ventoso), y ya más calmoso el tiempo, distribuyó lord Keith en trescientas veinte chalupas cinco mil hombres escogidos. Dispuestas las chalupas en dos filas, y dirigidas por el capitán Cochrane, se adelantaron llevando en cada una de sus alas una división de lanchas cañoneras que hacían y recibían un fuego nutrido.

El general Friant acudiendo al punto amenazado se formó á cierta distancia de la ribera para poner á sus tropas al abrigo de la artillería inglesa, y extendió entre el fuerte de Aboukir y el terreno que ocupaba un destacamento de la media brigada 25.^a con algunas piezas.

A su izquierda colocó la 75.^a cuya fuerza era de dos batallones, amparándola detrás de los montecillos de arena; en el centro dos escuadrones de caballería, el uno del 18.^o de dragones, y á su derecha, en fin, la media brigada 61.^a, compuesta también de dos batallones, encargada de defender la parte baja de la ribera. Entre estos diversos cuerpos no había más que mil quinientos hombres; algunas avanzadas ocupaban la orilla de la mar, y la artillería francesa, situada en los puntos más prominentes del terreno, barría la playa con sus disparos.

Iban los ingleses avanzando á fuerza de remos, ocultando los soldados en el fondo de las chalupas, y los marineros en pie manejando vigorosamente sus remos y soportando con calma inalterable el fuego de la artillería. Así que unos caían, otros se ponían en su lugar, y todo aquel enjambre de barcas movido por un solo impulso se acercaba ligeramente hacia la orilla. Toca por fin á tierra, los soldados ingleses se alzan del fondo de las chalupas y saltan á la playa. Fórmanse y corren á las alturas arenosas que ciñen la ensenada. El general Friant, advertido por sus avanzadas, que ve replegarse, acude algo tarde; no obstante, envía por la izquierda la media brigada 75.^a hacia los montecillos de arena y por la derecha la 61.^a hacia la parte baja de la ribera. Precipitase ésta con ardor sobre los ingleses á bayoneta calada, y viendo que por aquel lado carecen de apoyo, cierra con ellos impetuosamente, los acorralla en sus chalupas y entra en ellas persiguiéndolos. Los granaderos de aquella media brigada se apoderan de doce barcos, y se sirven de ellos para hacer al enemigo un fuego mortífero. La 75.^a, que advertida demasiado tarde había dejado tiempo á los ingleses de tomar las alturas de la izquierda, avanza precipitadamente para quitárselas, y descubriéndose en aquel movimiento, quedó expuesta al fuego de las chalupas cañoneras, que hicieron contra ella una tremenda descarga á metralla, de cuyas resultas perdió treinta y dos muertos y veinte heridos. Al mismo punto llovieron sobre ella los formidables fuegos de la infantería inglesa, y á pesar de su denuedo, sobrecogida un momento y consternada, continuó con cierta confusión su ataque en el terreno desfavorable que ocupaba. Quiso el general Friant que se sostuviera, y dispuso una carga de caballería contra el centro de los ingleses, que se desplegaba ya en la llanura después de haber superado los primeros obstáculos. El comandante del 18.^o de dragones, llamado repetidas veces para recibir órdenes de su general, llega después de hacerse esperar largo tiempo; el general Friant en medio de una granizada de balas le señala con toda precisión el punto de ataque; pero este oficial desgraciadamente poco resuelto, en vez de embestir directamente al enemigo, pierde tiempo en hacer un rodeo, carga malamente con los suyos y se deja matar muchos jinetes y caballos sin causar el menor daño á los ingleses, y sin librar á la media brigada 75.^a ciegamente empeñada en recobrar las escarpas arenosas de la izquierda.

Sólo nos quedaba el escuadrón del 20.^o; el valiente oficial que le mandaba, llamado Bousart, carga al frente de sus dragones, y arrolla cuanto encuentra al paso; entonces la 61.^a, que había quedado dueña de la ribera de la derecha sin poder por sí sola batir á los enemigos en masa, cobra aliento, se lanza en pos del

20.^o de dragones, repele á la izquierda de los ingleses sobre su centro y ya casi los obliga á volver á la mar. Por su lado la 75.^a hace nuevos esfuerzos bajo un fuego espantoso. Si en tan decisivo momento hubiera tenido el general Friant los dos batallones de infantería y el regimiento de caballería que tantas veces había pedido, los ingleses hubieran sido arrojados al mar, y el triunfo era seguro. Pero una fuerza de mil doscientos hombres escogidos, entre suizos é irlandeses, rodea las escarpas de arena, y se adelanta á la izquierda de la 75.^a Obligada ésta nuevamente á ciar, se retira dejando á nuestra derecha á la 61.^a obstinada en vencer, pero comprometida por sus mismas ventajas.

Viendo el general Friant que por tener que replegar la 75.^a podía la 61.^a ser envuelta, dispuso la retirada, y se efectuó ésta con buen orden. Los granaderos de la 61.^a, excitados por la carnicería y el triunfo, se muestran rehacios á las órdenes del general, y en su retirada escarmientan de nuevo á los ingleses dándoles vigorosas cargas.

Esta malhadada jornada del 8 de marzo (17 ventoso) fué causa de la pérdida del Egipto. El valiente general Friant había escogido tal vez su primera posición demasiado lejos de la ribera, y quizás también confió con exceso en la superioridad de sus soldados, suponiendo con sobrada facilidad que los ingleses no podrían desembarcar sino pocos hombres á la vez. Pero esta confianza era muy disculpable y podía además justificarse, porque con solo uno ó dos batallones más hubieran sido rechazados los ingleses y salvado el Egipto. Pero ¿qué se dirá de ese general en jefe que, advertido del peligro por toda clase de conductos hacía dos meses, no había reconcentrado sus fuerzas en Ramanieh y había dejado perder la ocasión de reunir diez mil combatientes delante de Aboukir el día decisivo? ¿de ese general que advertido otra vez el 5 de marzo por una noticia fidedigna que llegó aquel día al Cairo, no había enviado tropas, pudiendo éstas haber llegado la mañana misma del 8, y por consiguiente á tiempo para repeler á los ingleses? ¿Qué se dirá también de ese almirante Ganteaume que pudo dejar cuatro mil hombres en Alejandría y no lo hizo, el día mismo en que la fragata *Regenerada* conducía trescientos, los cuales combatieron en la playa de Aboukir? ¿Qué se dirá de tantas muestras de timidez, de esos descuidos, de esos yerros de todo género, sino que hay días en que todo se junta para que se pierdan las batallas y los imperios?

El combate fué mortífero. De cinco mil hombres que desembarcaron los ingleses, mil quinientos fueron muertos ó heridos. Nosotros, de mil quinientos que teníamos, quedamos con cuatrocientos fuera de combate; por consiguiente ellos y nosotros nos batimos con denuedo. El general Friant se retiró bajo los muros de Alejandría, y envió con toda prontitud avisos á Menou y á los otros generales vecinos suyos para que acudiesen en su socorro.

Sin embargo, todo podía remediarse aún aprovechando el tiempo que quedaba, las fuerzas de que se podía disponer, y los apuros que iban á pasar los ingleses una vez empeñados en aquella playa de arena.

Primeramente tenían que desembarcar el grueso de su ejército, y poner luego en tierra su material, operación que exigía mucho tiempo. Tenían después que

avanzar por lo largo de aquel banco de arena para acercarse á Alejandría con la mar á la derecha, y los lagos de Madieh y Mareotis á la izquierda, privados de caballería aunque protegidos por sus lanchas cañoneras, y sin más artillería de campaña que la que pudieran llevar á brazo. Sus operaciones sin duda alguna debían ser lentas, y en breve dificultosas cuando estuvieran delante de Alejandría, reducidos para salir de aquel atolladero á tomar dicha plaza, ó á emprender su marcha sobre los angostos diques, por los cuales se comunica con el interior del Egipto. Para conseguir detenerlos era preciso no presentarles combates parciales y desiguales que les inspirasen confianza, y que hiciesen perder á nuestras tropas su serenidad acostumbrada, reduciendo nuestras fuerzas ya harto escasas; situándose bien, había certeza de obstruirles el camino aun sin combatir. Sólo una cosa útil podía hacerse, que era esperar á que Menou, cuya obcecación disipaban ya demasiado tarde los hechos, hubiese reunido el ejército entero bajo los muros de Alejandría.

Pero había sido enviado el general Lanusse con su división sobre Ramanieh, y noticioso allí de lo que había sucedido en Aboukir, se apresuró á marchar sobre Alejandría. Llevaba unos tres mil hombres; Friant había perdido de mil quinientos unos cuatrocientos en la jornada del 8 de marzo; pero juntando todos los pequeños destacamentos diseminados desde Roseta hasta Alejandría, le quedaban aún cerca de mil ochocientos combatientes. Los fuertes de Alejandría estaban custodiados por los marinos y los soldados de los depósitos; había, pues, con la división de Lanusse que llegaba, cinco mil hombres dispuestos á formar en línea. Los ingleses desembarcaron una fuerza de diez y seis mil, sin contar dos mil marinos; no se debía, pues, empeñar aún el combate, y sin embargo, hubo una circunstancia que determinó á presentarlo á los dos generales franceses.

El extenso banco de arena donde los ingleses habían atracado, separados por los lagos de Madieh y Mareotis del interior de Egipto, sólo se unía á él por medio de un largo dique, que pasando por entre los dos lagos referidos, iba á parar á Ramanieh. Por este dique iban juntos el canal que conduce á Alejandría el agua dulce del Nilo y la carretera que conduce á Alejandría y Ramanieh. Había en aquel momento peligro de que le ocupasen los ingleses, por razón de que éstos se hallaban cerca del punto en que se junta con el banco de arena en que está Alejandría. Pasaron los ingleses los días 9, 10 y 11 de marzo (18, 19 y 20 ventoso) en desembarcar y organizarse. El 12 se pusieron en camino, marchando penosamente por los arenales, haciendo tirar su artillería á marinos de la escuadra, y apoyados á derecha é izquierda por chalupas cañoneras. El 12 por la tarde se hallaban ya muy cerca del punto en que el dique se pierde en el suelo de Alejandría.

Los generales Friant y Lanusse temieron que los ingleses ocuparan aquel punto y que se apoderasen del camino de Ramanieh, por donde debía llegar Menou, á pesar de que, aunque perdieran este camino, les quedaba otro, si bien largo y dificultoso especialmente para la artillería, que era el mismo lago Mareotis. Este lago, más ó menos intundado, según las crecientes del Nilo y la estación del año, dejaba en seco varios canalizos

pantanosos, por los cuales podía abrirse un camino tortuoso, pero seguro. Siendo esto así, y teniendo en contra tantas probabilidades, no había razón ninguna bastante para empeñar el combate.

No obstante, los generales Friant y Lanusse se exageraron el peligro á que sus comunicaciones estaban expuestas, y decidieron dar batalla. Había un medio de atenuar mucho la gravedad de este yerro, que era permanecer en las escarpas arenosas, que ceñían en toda su longitud la barra que era teatro del combate y que iban á parar á la cabeza misma del dique. Permaneciendo en aquella posición y empleando bien en ella la artillería, de cuya arma casi carecían los ingleses, se lograban las ventajas de la defensiva, y se podía compensar en cierto modo la inferioridad del número y conseguir probablemente la defensa del punto por cuya conservación iba á aventurarse lastimosamente un nuevo combate.

En esto convinieron los generales Friant y Lanusse. Lanusse era un hombre lleno de talento natural, de bizarría y de audacia; desgraciadamente era poco dócil á los consejos de la prudencia; partícipe además de las discordias del ejército, mucho se hubiera alegrado de vencer antes de la llegada de Menou.

Aparecieron los ingleses el 13 de marzo por la mañana (22 ventoso) distribuidos en tres cuerpos: el que marchaba á su izquierda iba por la orilla del lago Madiéh amagando á la cabeza del dique y protegido por varias chalupas cañoneras; el del medio se adelantaba en forma de cuadro, con batallones en columna cerrada sobre sus flancos para resistir á la caballería francesa, muy temida por los ingleses; el que formaba á su derecha iba á orillas del mar, sostenido, como el primero, por chalupas cañoneras.

El cuerpo destinado á tomar la cabeza del dique se anticipó á los otros dos, y Lanusse, viendo el ala izquierda inglesa marchar sola por la vera del lago, no pudo resistir al deseo de precipitarla en él, y cometió el yerro de desamparar las escarpas para cerrar con ella. Pero al mismo instante se presentó de súbito el formidable cuadro del centro ocultado en un principio por las dunas que tuvo que atravesar, y entonces Lanusse, precisado á variar de plan, marchó rectamente hacia dicho cuadro, precedido á cierta distancia por una línea de infantería. Envió por delante el 22.º de cazadores, que se precipitó al galope sobre dicha línea, la dividió en dos y obligó á rendir armas á dos batallones; la 4.ª ligera avanzó para sostener el 22.º y completó este primer triunfo. Mientras tanto el cuadro, que había llegado á tiro de fusil, rompió con uno de esos fuegos tan bien nutridos que tantos descabros habían causado ya en nuestro ejército en el desembarco de Aboukir. Acudió la 18.ª ligera, pero fué recibida con mortíferas descargas que produjeron cierto desorden en sus filas. Vióse en aquel momento avanzar el cuerpo inglés de la derecha dejando la orilla de la mar para ir á sostener al centro, y entonces Lanusse, á quien sólo le quedaba la 69.ª para apoyar á la 18.ª, mandó tocar retirada, temiendo empeñar un combate demasiado desigual. Friant por su parte sorprendido al ver á Lanusse bajar al llano, bajó también para sostenerle y se encaminó hacia la cabeza del dique contra la cabeza de los ingleses. Estaba aguantando hacía ya mucho tiempo un fuego vi-

visimo, al cual contestaba con otro fuego igual y acompasado, cuando advirtió la retirada de su compañero. Entonces se retiró él también á su vez para no quedar solo á merced del ejército inglés, y después de aquel breve combate volvieron á ocupar ambos la posición que tenían anteriormente y que no debieron haber dejado.

Fué aquello un mero reconocimiento, pero muy superfluo, y en el cual no se debió comprometer al ejército, pues ocasionó una nueva pérdida de quinientos á seiscientos hombres, pérdida muy lastimosa, no teniendo como los ingleses medios de recibir refuerzos, y estando reducidos á combatir con cuerpos de cinco á seis mil soldados. Si las pérdidas de los ingleses hubieran podido consolarnos de las nuestras, grandes fueron en verdad para satisfacerlos, puesto que les pusimos cerca de mil cuatrocientos hombres fuera de combate. Se resolvió que se esperaría á Menou que se había decidido por fin á dirigir el ejército sobre Alejandría. Había mandado al general Rampón que dejase á Damietta para pasar á Ramanieh: llevaba éste consigo la masa principal de sus fuerzas. Sin embargo, aún quedaban en la provincia de Damietta, en las cercanías de Belbeis y de Salahié, en el Cairo mismo y en el alto Egipto, algunas tropas que no eran tan útiles en los puestos donde se las dejaba como hubieran podido serlo sobre Alejandría. Si Menou hubiera hecho evacuar el alto Egipto confiándolo á Murad Bey, y abandonado la ciudad del Cairo, muy poco dispuesta á levantarse, á los soldados de los depósitos, hubiera tenido dos mil hombres más que oponer al enemigo. Este aumento de fuerzas no era por cierto de despreciar, pues lo que principalmente urgía era vencer á los ingleses. Los egipcios, escarmentados á la sazón de toda idea de levantamiento, no merecían todas las precauciones que contra ellos se tomaban; sólo hubieran sido de temer quedando los franceses decididamente batidos.

No conoció Menou toda la gravedad del peligro hasta que llegó á Ramanieh. El general Friant mandó á su encuentro dos regimientos de caballería, juzgando con razón que debiendo permanecer encerrado algunos días en los muros de Alejandría, no le era aquella fuerza absolutamente indispensable, y que por el contrario podía ser muy útil á Menou para dejarle expedito el camino.

Tuvo éste que hacer largos rodeos en la misma madre del lago Mareotis para volver á tomar la playa de Alejandría. Consiguiólo con bastante fatiga, especialmente para su artillería: llegaron las tropas los días 19 y 20 de marzo (28 y 29 ventoso), él llegó el 19, y entonces pudo convencerse por sus propios ojos de cuál había sido su yerro permitiendo tomar tierra á los ingleses.

Habían recibido éstos algunos refuerzos y mucho material; establecieron en las mismas dunas que Lanusse y Friant ocupaban el 13 de marzo, hicieron en ellas algunos trabajos de fortificación, y las artillaron con piezas de poco calibre, de modo que era muy difícil quitárselas.

Por otra parte los ingleses eran muy superiores á nosotros en número; reunían diez y siete ó diez y ocho mil hombres contra menos de diez mil. Friant y Lanusse, desde la jornada del 22, tenían apenas cuatro mil quinientos en estado de combatir; Menou llevaba consigo

cinco mil á lo sumo; no había, pues, diez mil hombres contra los diez y ocho mil del enemigo establecidos en una posición atrincherada. Todas las probabilidades que á nuestro favor tuvimos en el primero y aun en el segundo encuentro nos eran ahora contrarias; no obstante, la resolución más natural era combatir. En efecto, después de haber intentado repeler á los ingleses á la mar primero con mil quinientos hombres y después con cinco mil, hubiera sido extraño no intentarlo teniendo diez mil combatientes, que era poco más ó menos cuanto fuerza podía reunirse en un punto mismo.

Pero no hay que olvidar que nos quedaba otro partido que tomar, preferible sin duda alguna si se hubiese adoptado después del desembarco y antes de la inútil batalla presentada por los generales Lanusse y Friant: reduciase á dejar á los ingleses en el atoladero en que se habían metido, á emprender con toda la rapidez alrededor de Alejandría obras que hiciesen su expugnación dificultosa, á confiar su custodia á los marinos y á los soldados de los depósitos, reforzados por un destacamento de dos mil soldados escogidos sacados de las tropas activas, á evacuar en seguida todos los puestos excepto el Cairo, donde se hubiera dejado una guarnición de tres mil hombres, sirviendo de reducto la ciudadela, y por último, á entrar en campaña con el resto del ejército, esto es, con unos nueve ó diez mil hombres, con objeto de caer ó sobre los turcos si penetraban por la Siria, ó sobre los ingleses si intentaban dar un solo paso hacia el interior por los angostos diques que atraviesan el bajo Egipto. Teníamos sobre ellos la ventaja de reunir las tres armas de caballería, artillería é infantería y de estar en el goce exclusivo de los víveres del país. Hubiéramos podido bloquearlos y probablemente obligarlos á volver á la mar; pero para esto hubiera sido menester un general más hábil que Menou y más entendido que él en el arte de hacer maniobrar á las tropas; hubiera sido preciso finalmente un jefe diverso del que, reuniendo todas las probabilidades en su favor al comienzo de la campaña, se había portado de tal manera que ya las tenía todas en contra.

Sin embargo, la resolución de combatir á los ingleses invasores era á la sazón muy natural y conforme con todo lo que se había hecho desde el principio de la campaña; pero tomada ya la resolución de hacer un esfuerzo decisivo, era preciso hacerlo lo más pronto posible para no dar á los turcos procedentes de la Siria tiempo para sorprendernos.

Para presentar batalla era indispensable concertar un plan; Menou era incapaz de concebirlo por sí solo y además la posición en que se hallaba con respecto á sus generales no le permitía ya recurrir á sus consejos. Sin embargo, el jefe de estado mayor Lagrange solicitó amistosamente un plan de Lanusse y Reynier, los cuales le trazaron de concierto y lo enviaron á la aprobación de Menou, quien lo adoptó casi maquinalmente.

Estaban los dos ejércitos á vista uno de otro ocupando el banco de arena de una legua de ancho y de 15 ó 18 de largo en que los ingleses habían atracado. El ejército francés estaba situado en un terreno bastante elevado delante de Alejandría; tenía enfrente una llanura arenosa dilatada, cortada de trecho en trecho por las dunas que el enemigo tenía cuidadosamente fortificadas, formando una cadena continua de posiciones desde la

mar hasta el lago Mareotis. A nuestra izquierda, tocando exactamente con la mar, se veía un antiguo campamento romano en forma de fábrica cuadrada, aún intacta, y más adelante de dicho campamento un montecillo de arena sobre el cual habían construido los ingleses varias obras, estableciendo en él su derecha al amparo del doble fuego de dicha fortificación y de una división de chalupas cañoneras. En medio del campo de batalla, á igual distancia de la mar y del lago Mareotis, había otro montecillo de arena más elevado, más extenso que el anterior y coronado de trincheras; allí apoyaban los ingleses su centro. Por último, enteramente á nuestra derecha, hacia la parte de los lagos, formaba el terreno un declive que iba á parar á la cabeza del dique, por la cual se combatió algunos días antes. Unía la posición del centro con la cabeza de aquel dique una serie de reductos; allí colocaron los ingleses su izquierda, protegida del mismo modo que su derecha por una división de chalupas cañoneras introducidas en el lago Mareotis. Este frente de ataque presentaba en su conjunto una extensión de cerca de una legua; guarnecíanle varias piezas de artillería de grueso calibre llevadas á brazo, y le defendía una parte del ejército inglés. El grueso de este ejército formaba en batalla en dos grandes líneas á la espalda de dichas fortificaciones.

Decidióse que comenzarían las maniobras el 21 de marzo (30 ventoso) antes de quebrar el día, para ocultar mejor nuestros movimientos y exponernos menos á los fuegos de las trincheras enemigas. La intención de los generales franceses era asaltar impetuosamente estas trincheras, tomarlas de pasada, y dejarlas luego para ir á atacar por el frente al ejército inglés formado en batalla á su espalda. Por consiguiente, nuestra izquierda mandada por Lanusse debía caer en dos columnas sobre el ala derecha de los ingleses que apoyaba en la mar. La primera de dichas dos columnas debía atacar en línea recta y á la carrera la fortificación construída en un montecillo de arena delante del campamento romano; la segunda, pasando rápidamente por entre aquella fortificación y la mar, debía asaltar el campamento romano y apoderarse de él. El centro de nuestro ejército, mandado por el general Rampón, tenía orden de adelantarse hasta mucho más allá de estos puntos, de pasar por entre el campamento romano y el gran reducto del medio, y de embestir al mismo ejército inglés al otro lado de las fortificaciones. Nuestra ala derecha, compuesta de las divisiones Reynier y Friant, pero mandada por Reynier, tenía orden de desplegarse en la llanura á la derecha, y de simular un grande ataque hacia el lago Mareotis para hacer creer á los ingleses que el verdadero peligro estaba en aquel lado. Para confirmarles más en esta idea, debían los dromedarios encaminarse por el centro del lago Mareotis y hacer una tentativa contra la cabeza del dique. Era de esperar que esta diversión facilitase el ataque repentino de Lanusse por el lado de la mar.

Comenzó la marcha el día 21 (30 ventoso) antes de albor. Ejecutaron puntualmente los dromedarios lo que se les había prescrito; atravesaron rápidamente por los parajes enjutos el fondo del lago Mareotis, echaron pie á tierra frente á la cabeza del dique, tomaron los reductos y asestaron su propia artillería contra el enemigo. Bastaba aquello para alucinar á los ingleses y